

LA REPRODUCCION DEL CONOCIMIENTO TRADICIONAL INDÍGENA *MBYÄ* EN UN ESPACIO SOCIAL RURAL EN TRANSFORMACION

LA REPRODUCCIÓN
DEL CONOCIMIENTO
TRADICIONAL INDÍGENA
MBYÁ EN UN ESPACIO SOCIAL
RURAL EN TRANSFORMACIÓN

ANA PADAWER

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, ARGENTINA

Resumen

LA REPRODUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO TRADICIONAL INDÍGENA MBYÀ EN UN ESPACIO SOCIAL RURAL EN TRANSFORMACIÓN

Las tareas que los niños *mbyà* realizan en el monte y en el campo para la reproducción familiar doméstica, son escasamente reconocidas como experiencias formativas tanto desde el sentido común como desde la producción académica. Más frecuentemente se las define como trabajo infantil y, en función de los derechos del niño sancionados internacionalmente, son perseguidas por lo que eventualmente impiden –la escolarización–, habiendo escasas sistematizaciones sobre los conocimientos y habilidades que pueden producir. La participación de los niños en la producción familiar doméstica puede ser entendida como una experiencia formativa si se la analiza como parte de procesos de socialización, donde se produce conocimiento a partir de la acción y reflexión sobre los procedimientos realizados. Por lo tanto, se debe distinguir conceptual y empíricamente de aquellas situaciones en que los niños intervienen como mano de obra en tareas rutinarias en las cuales no se producen conocimientos sobre el mundo social y natural –aunque todos los sujetos tienen esa capacidad y, por ende, esto eventualmente puede producirse aún sin un dispositivo formal o informal de enseñanza. En este trabajo se presenta la ocupación y uso del territorio de una zona donde se localizan varios núcleos *mbyà-guaraní* (San Ignacio, provincia de Misiones, Argentina), se analiza el carácter formativo de las experiencias involucradas en la participación de los niños en actividades productivas, y se concluye considerando las implicancias de estos procesos en la reproducción del conocimiento tradicional indígena en espacios rurales en transformación.

Palabras clave: *Mbyà-Guaraní*, conocimientos tradicionales, socialización, experiencia formativa, trabajo infantil.

Resumo

A REPRODUÇÃO DO CONHECIMENTO TRADICIONAL INDÍGENA MBYÀ EM UM ESPAÇO SOCIAL RURAL EM TRANSFORMAÇÃO

As tarefas desempenhadas por crianças *mbyà* na floresta e no campo para a reprodução da unidade familiar doméstica raramente são reconhecidas como experiências de aprendizagem tanto do

ponto de vista do senso comum como da produção acadêmica. Mais frequentemente, são definidas como trabalho infantil, e, de acordo com o direito internacional referente às crianças, são perseguidas pelo que, eventualmente, possam impedir - a escolarização - com pouca sistematização sobre os conhecimentos e habilidades que podem produzir. A participação das crianças na produção doméstica pode ser entendida como uma experiência formativa, se for analisada como parte de processos de socialização, onde o conhecimento é produzido a partir da ação e reflexão sobre os procedimentos realizados. Portanto, deve ser distinguida conceitualmente e empiricamente de situações onde as crianças como trabalhadoras estão envolvidas nas tarefas de rotina em que não há conhecimento sobre o mundo social e natural -, no entanto todas as pessoas têm essa capacidade e, portanto, isto eventualmente pode ocorrer mesmo sem um dispositivo formal ou informal de ensino. Neste trabalho, se apresenta a ocupação e uso da terra em uma área que abriga vários núcleos *mbyà*-guaraní (San Ignacio, província de Misiones, Argentina), se examina a natureza formativa das experiências envolvidas na participação da criança em atividades produtivas, e se conclui considerando as implicações destes processos na reprodução de conhecimentos tradicionais indígenas nas zonas rurais em transição.

Palavras-chave: *Mbyà*-Guarani, conhecimento tradicional, socialização, experiência em treinamento, trabalho infantil.

Abstract

THE REPRODUCTION OF *MBYÀ* INDIGENOUS TRADITIONAL KNOWLEDGE IN A CHANGING SOCIAL AND RURAL SETTING

The tasks *mbyà* children perform in the woods and in the fields for the reproduction of the domestic unit are scarcely recognized as learning experiences from both common sense and academy. More often, people define them as child labor; according to internationally sanctioned children rights some situations are persecuted for eventually preventing schooling, without regard for the knowledge and skills they can produce. The participation of children in domestic household production can be understood as a learning experience when analyzed as part of the socialization process, where knowledge is produced from the action and reflection on the performed procedures. Therefore, it should be

distinguished conceptually and empirically from situations where children labor is involved in routine tasks in which there is no production of knowledge on the social and natural world – although everyone has the ability, and this eventually can occur even without a formal or informal teaching device. In this article, I discuss the occupation and land use in an area that is home to several *mbyà-guaraní* groups (San Ignacio, provincia de Misiones, Argentina); I also examine the formative nature of the experiences involved in child participation in production activities, considering the implications of these processes in the reproduction of traditional indigenous knowledge in rural areas undergoing transformation.

Keywords: *Mbyà-Guarani*, traditional knowledge, socialization, training experience, child labor.

LOS *MBYÀ* Y LA OCUPACIÓN DEL TERRITORIO EN SAN IGNACIO

San Ignacio es uno de los 17 departamentos en que se divide la provincia de Misiones, al NE de Argentina. Esta provincia limita ampliamente con Paraguay y Brasil, y se trata de la jurisdicción del país donde, en la actualidad, se concentran mayoritariamente los núcleos poblacionales que se reconocen como *mbyà-guaraní* o descendientes en 1era generación de este pueblo indígena. El análisis de los datos obtenidos por la Encuesta Complementaria de Pueblos Indígenas, efectuada en 2004-2005 por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC 2010), muestra que en la provincia de Misiones las personas que se reconocen y/o descienden en primera generación del pueblo *mbyà-guaraní* son 4.083, mientras que en el país totalizan 8.233. Si bien esta información indica que en la provincia viven poco menos de la mitad de los que se reconocen y/o son descendientes de primera generación *mbyà*, si se considera el dato de aquellos que residen en comunidad, los que habitan en Misiones representan el 85% (3.684 sobre 4.322 personas).

Si se analiza el mapa elaborado por organismos de Argentina, Brasil y Paraguay y coordinado por el Centro de Trabalho Indigenista en 2008, se observa que la mayor cantidad de núcleos poblacionales *mbyà* en la provincia de Misiones se encuentra localizada en los departamentos de San Ignacio y Libertador General San Martín, aunque en el caso del primero se ubica solamente uno de los núcleos de mayor tamaño (en-

tre 100 y 500 habitantes), mientras que los 15 núcleos restantes localizados en ese departamento cuentan con menos de 100 personas cada uno (CTI 2008). Como puede verse en el fragmento del mapa que se incluye a continuación, los núcleos se asientan mayoritariamente en el límite sur del departamento de San Ignacio, en proximidades de la cabecera del departamento. Unos pocos núcleos se ubican a una distancia mayor, en inmediaciones de rutas nacionales o cursos de agua.

La zona a la que se refiere este artículo es precisamente aquella de mayor concentración de núcleos *mbyà* en el departamento de San Ignacio, que incluye a 9 de los 16 identificados por el CTI en el 2008. La razón por la cual se ha delimitado esta zona radica en que se trata de aquellos núcleos que se encuentran más próximos a la ciudad cabecera y los que, en principio, viven en un espacio rural con mayores transformaciones producto de la explotación económica del entorno.

Hasta el momento se dispone de información heterogénea de 8 de los 9 núcleos: *Andresito*, *San Ignacio Mini*, *Katupyry*, *Kokuere'i*, *Pindoju* (*Pindoity*), *Ñu Porá*, *El Tacuaral* y *Ivy Poty*. Como ya se anticipó, uno de ellos – *Katupyry* – se destaca por contar con más de 100 pobladores mientras que en el resto de los núcleos viven entre 20 y 50 personas. El espacio disponible oscila entre las 10 y las 450 hectáreas, siendo el núcleo más grande el que tiene acceso a una mayor extensión territorial y, a la vez, de la situación legal más estable respecto de la propiedad de la tierra.

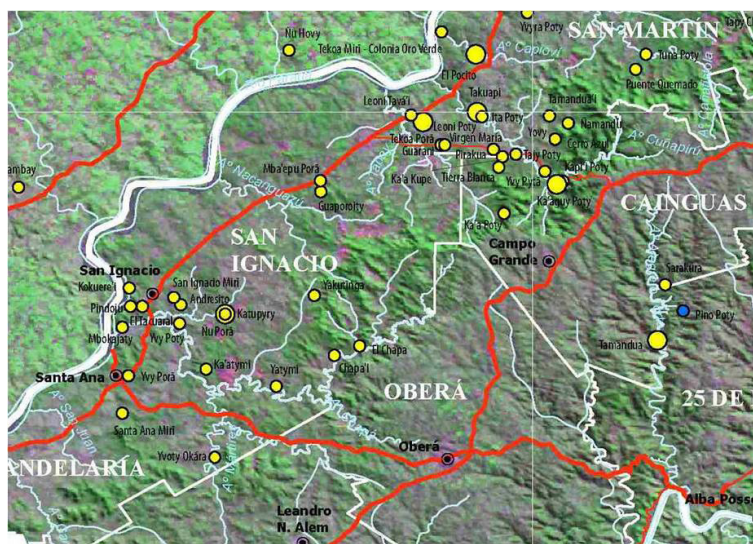


Figura 1 - Fragmento del mapa *Guaraní Reta* 2008. Pueblos Guaraníes en las fronteras de Argentina, Brasil y Paraguay. Centro de Trabalho Indigenista, Brasília (coord.).

Desde el punto de vista educativo, relevante para este trabajo por las experiencias formativas que se analizan, es importante advertir que los niños de *Andresito* y *San Ignacio Mini* asisten a una escuela rural ubicada a 4 Km de la ciudad cabecera, mientras que los de *Katupyry*, *Kokuere'i* y *Pindoju* (*Pindoty*) disponen de escuelas en sus comunidades, asistiendo a ellas los niños de *Nu Porá*, *El Tacuaral* y *Iry Poty*. Dado que la mayoría de las escuelas están ubicadas en comunidades y asisten con exclusividad niños *mbyà*, el establecimiento rural al que concurren los niños de *Andresito* y *San Ignacio Mini* se destaca por su matrícula heterogénea, compuesta casi en proporciones similares por niños *mbyà* y niños cuyas familias se identifican como colonos.

Tanto las familias de colonos como los núcleos *mbyà* próximos a esta escuela rural de San Ignacio disponen de

pequeñas huertas, algunos animales de granja y reciben alguna asistencia del Estado. En las inmediaciones del establecimiento educativo se encuentra una planta de procesamiento de yerba mate, cuya sede comercial está localizada en otra provincia y que actualmente se encuentra cerrada; asimismo se observan importantes plantaciones de pinos, atribuida por los pobladores a una empresa que en este momento es de capitales chilenos. Si bien cada núcleo presenta sus particularidades, el contexto inmediato de los núcleos de *Andresito* y *San Ignacio Mini* se destaca por mostrar significativos rasgos de transformación del espacio social rural, ya que en el transcurso de una generación ha cesado la producción de la empresa yerbatera más importante de la zona y se ha incrementado la producción forestal de especies no autóctonas, entre otros cambios.

Para analizar estos procesos desde una perspectiva más estructural, los datos estadísticos del Censo Nacional Agropecuario (CNA) brindan información relevante. Dado que la misma se proporciona a nivel departamental -y por ende con un mayor nivel de agregación, es necesario relacionar estos datos con aquellos obtenidos en el trabajo de campo y en los estudios que desde distintas disciplinas han abordado la estructura productiva de la zona. Este análisis permite considerar como para las poblaciones *mbyà-guaraní* de esta zona, los procesos de socialización de los niños se producen en una configuración socio-histórica de importantes transformaciones, asociadas especialmente a cambios en el modelo económico predominante en la región que habitan.

Si bien existieron ocupaciones datadas en 2000 años A.P. (Noeli 2004: 31-32), se considera que los *mbyà* actuales son los descendientes de aquellos indígenas que lograron permanecer al margen del experimento colonial desarrollado por los jesuitas entre los siglos XVI y XVIII, a través de la constitución de pequeñas comunidades refugiadas en la selva que supusieron la construcción de una identificación social definida por la confrontación y el contraste con el mundo de los extranjeros, primero blancos y luego de sus descendientes mestizos (Bartolomé 2004). Posteriormente, el establecimiento de los *mbyà* en el actual territorio argentino se definió en interrelación al avance de las fronteras de poblamiento de la sociedad nacional durante el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX,

provocando con el tiempo una progresiva dispersión y desgranamiento de las aldeas, aunque aún es posible en algunas jefaturas reconocer un acatamiento político a una autoridad distante (Gorosito 1993). Esta dimensión política se vincula estrechamente con los condicionamientos económicos para la reproducción de las familias y, por ende, en la transmisión intergeneracional de esos recursos: como se verá más adelante, en la zona de San Ignacio se observa actualmente un proceso dinámico de creación de pequeños núcleos poblacionales que surgen como desmembramiento de otros de mayores dimensiones, los que se asientan en terrenos cada vez más pequeños y generan nuevos liderazgos políticos.

Como se anticipó, en las últimas décadas del siglo XIX comenzó en el territorio de Misiones un proceso de colonización organizada principalmente por el Estado, la que se realizó sobre las tierras remanentes de una venta masiva a 40 grandes compradores. El proceso de colonización se extendió hasta casi la mitad del siglo XX, y como resultado de ambos procesos, se generó una estructura de la propiedad de la tierra en la que coexisten grandes latifundios y un número importante de propiedades familiares surgidas del padrón de colonización, fijado este último en 25 has por familia. Los colonos debían plantar el 20% de su parcela de tierra con yerba mate (anteriormente se producía con plantas del monte nativo) y el resto lo dedicaron a la producción de maíz, porotos, mandioca y animales de granja, los que se destinaban al consumo familiar y la venta de excedentes

(Ricotto y Almeida 2002).

El proceso de ocupación y explotación iniciado como frontera agraria no se llevó a cabo solamente mediante la colonización organizada desde el Estado sino que asumió a la vez un carácter espontáneo, y en este caso la ocupación del territorio se efectuó asociada a las explotaciones forestales. Hasta 1930, los colonos se dedicaron exclusivamente a la producción de yerba mate, incorporando sucesivamente el tung, el tabaco y el té, producciones que se dieron simultáneamente a la explotación forestal, primero de especies nativas y luego de exóticas. De esta forma se conformó durante el siglo XX una sociedad agraria misionera compuesta por el ocupante o campesino-agricultor familiar con 1 a 10 has, de origen criollo o inmigrante brasilero y paraguayo¹; el colono-agricultor familiar con 25 a 50 has, en su mayoría de origen inmigrante del norte y este europeos² – el estanciero-productor ganadero con terrenos entre 100 y 1.000 has – y el latifundista extractivista (Reboratti 1979; Jaume et al 1989; Bartolomé 2000; Krautstofi 2005; Baranger 2008; Otero 2008).

Si se utiliza esta reconstrucción para analizar la información proporcionada por el CNA efectuado en el 2002, se observa que en la provincia de Misiones casi el 25% de la superficie productiva correspondía a explotaciones típicas de colonos y ocupantes – 502.818 has en explotaciones de 50 has o menos –, más del 30% se correspondía con parcelas definidas como estancias³ – 648.058 has en explotaciones entre 50 y 1000 has – y casi el 45% con latifundios –

16.926 has en explotaciones de más de 1.000 has. Esta concentración en la explotación de la tierra que se observaba en la provincia se verificaba en San Ignacio, pero con una magnitud menor: casi el 30% de la superficie productiva correspondía en 2002 a explotaciones típicas de colonos y ocupantes – 30.131,8 has en explotaciones de 50 has o menos –, más del 45% con explotaciones definidas como estancias – 49.781,9 has en explotaciones entre 50 y 1.000 has – y poco más del 25% correspondía con latifundios – 28.396 has en explotaciones de más de 1.000 has (Gobierno de Misiones 2008: 340 y 341).

Si bien está cimentada en la estructura de la sociedad agraria misionera consolidada durante todo el siglo XX, la situación actual refleja los cambios que se verificaron en las últimas décadas. Distintos estudios expresan que los mismos se debieron al quiebre en la estructura política institucional y en las modalidades del proceso de acumulación de la sociedad argentina inaugurado en 1976, el que produjo una crisis agrícola y un deterioro de la economía campesina junto con cambios en la concentración de la propiedad de la tierra, acelerándose el proceso de descampesinización (Manzanal y Rofman 1989; Cragolino 2006). En los últimos años, con el reposicionamiento de los productos agrícolas en el mercado mundial, en las distintas regiones del país se producen nuevas transformaciones en el modelo económico predominante que se orienta a la producción agroindustrial y afecta diferencialmente a pequeños productores

y poblaciones indígenas en sus formas de acceso a los recursos, empleo y sobrevivencia (Ramos 2006; Sili 2005; Neiman et al. 2002; Bidaseca y Mariotti 2001; Gordillo 1995).

En Misiones, el complejo agroindustrial tabacalero se venía expandiendo significativamente desde la década de los 80, integrando en su cadena a los colonos y ocupantes que, actualmente, se dedican a la producción de tabaco manteniendo cierta diversificación productiva – ganadería, forestación, producción de yerba mate y horticultura. Pese al crecimiento del sector, estos productores se han empobrecido debido al proceso de concentración de la manufactura y comercialización de los cultivos en manos de acopiadores y molineros. En los últimos veinte años, asimismo, se multiplicaron los conflictos con los propietarios de bosques nativos, quienes en su momento habían facilitado el usufructo de los colonos y ocupantes pero con el desarrollo de explotaciones forestales de especies exóticas por parte de capitales concentrados, reclaman las tierras ahora altamente valorizadas (Schiavoni 1995 y 2008; Ferrero 2006; Schvorer 2003; Otero 2008).

Estos procesos verificados en los últimos 30 años afectaron también a las comunidades *mbyà*: mientras los asentamientos pudieron mantenerse en sectores relativamente poco explotados de la masa selvática, pudieron articular sus relaciones de intercambio con la sociedad regional y conservar relativamente el control de sus propios procesos organizativos y movilidad.

Los cambios acontecidos en la estructura social y económica de la provincia en este período, así como las relaciones establecidas con el Estado en las últimas dos décadas, condujeron a una significativa multiplicación de unidades residenciales autónomas relativamente establecidas, con alianzas débiles de organización política (Gorosito 2006). Dependiendo de la proximidad con las poblaciones no indígenas, actualmente las comunidades *mbyà* localizadas en territorio misionero pueden realizar diversas actividades de subsistencia mediante caza de pequeños animales, pesca, recolección estacional, producción de huertas y cría de aves de corral y cerdos. En algunas comunidades también se verifica trabajo asalariado en la agricultura y actividades ligadas al turismo -venta de artesanías, guías por el monte y visitas a los núcleos - (Sero Kowalski 1993; Cebolla Badie 2005). En el caso de la zona de San Ignacio que se encuentra bajo estudio, como se anticipó y se desarrollará más adelante, el acceso al monte nativo es muy escaso y se destina especialmente a la provisión de materia prima para artesanías.

Pese a que la dispersión debilita la organización política, en los últimos años se evidencia un progresivo reconocimiento de las comunidades indígenas, que reclaman y ejercitan derechos ciudadanos desde sus particularidades como comunidad política, lo que produce transformaciones en las actividades económicas, políticas y formativas de las jóvenes generaciones en los grupos de referencia. Entre estas transformaciones, Wilde (2007) advierte cómo el ambientalismo y el indigenismo como

articulaciones políticas plantean tensiones que son observables en el contexto misionero.

Quizás la más relevante a los fines de este artículo sea la incongruencia entre el estereotipo del “buen salvaje ecológico” defendido por el discurso ambientalista y el proceso inevitable de inserción de muchos grupos indígenas en el mercado, lo que se articula con la suposición de que las comunidades son un todo homogéneo representado por líderes cuya legitimidad no es cuestionada. En Misiones, la adopción *mbya* de ciertos lugares comunes del discurso ecologista – básicamente la idea de la vida en armonía con la naturaleza –, es un eficaz recurso mediático que se da aún en el caso de dirigentes de comunidades que desarrollan una explotación de recursos naturales que van en sentido contrario. En este sentido, la autorización de algunos líderes para que en sus predios se realice la explotación forestal – sea originada en las presiones que genera la escasez o la atracción del dinero y los bienes simbólicos blancos –, genera disputas internas que en ocasiones horadan la legitimidad de estos líderes dentro de su comunidad, aunque conserven eventualmente apoyo fuera de ella (Wilde 2007).

Es por lo anterior que, además de los reclamos de tierras – sobre los que no es posible extenderse aquí, y que son en sí mismos procesos complejos que incluyen dimensiones formativas –, una de las principales demandas de estas poblaciones indígenas es la limitación de la explotación forestal, ya que su

característica más distintiva en los últimos años radica en la concentración de grandes extensiones de tierra, que fue acompañada de un proceso de deforestación de especies nativas (lapachos, cedros, canela, timbó, frutales). Luego de este proceso extractivo, los terrenos generalmente son tratados con herbicidas y se procede a la plantación de pinos.

Estos procesos afectan a los pobladores indígenas, colonos y ocupantes por la contaminación de los cursos de agua y porque el progresivo desmonte limita las actividades de caza y recolección que realizan los primeros. Asimismo, las actividades productivas a gran escala emplean escasa mano de obra, por lo que el empleo asalariado como recurso de supervivencia es limitado. Al analizar la relación de las poblaciones con el mercado debe asimismo advertirse que, en esta zona, el turismo se ha convertido en importante generador de empleo: si bien no son actividades tradicionales, sus posibilidades formativas son asimismo amplias por lo que aquí se abren nuevos interrogantes a ser explorados en la relación entre actividades económicas y educativas.

LA PRODUCCIÓN FAMILIAR DOMÉSTICA Y LAS EXPERIENCIAS FORMATIVAS DE LAS JÓVENES GENERACIONES MBYÁ

La participación de los niños en la producción familiar doméstica puede ser entendida como una experiencia formativa si los procesos de socialización son concebidos como contextualmente

situados, de manera que el aprendizaje se produce mediante comunidades de práctica y participación periférica legítima (Lave y Wenger 2007). Este último concepto está estrechamente vinculado al de participación guiada (Rogoff y otros 1993: 6), que apoyado en los desarrollos de Vygotsky, ha permitido reformular el estudio del conocimiento infantil en distintos contextos socioculturales. Desde su perspectiva, los niños avanzan en el entendimiento en un proceso creativo mediante el cual transforman aquello que conocen y el propio mundo, al tiempo en que se vuelven progresivamente participantes de las actividades de su comunidad.

El concepto de participación periférica legítima se refiere más directamente al conocimiento desde el hacer, a partir de una reformulación del término *apprenticeship*, que puede traducirse como adiestramiento. Esta formulación proviene del debate sobre la naturaleza del aprendizaje de fines de los 80, y supone que el aprendizaje es siempre situado: esto no implica solamente entender que se realiza en el tiempo y el espacio, con otras personas, o dependiente del contexto en que se produce, sino enfatizar su carácter de actividad situada. En este sentido la participación periférica legítima es un concepto que describe el involucramiento en prácticas sociales que están constituidas por procesos de aprendizaje y no viceversa (Lave y Wenger 2007: 33).

Por otra parte, es importante considerar que el denominado conocimiento general, con el que suele contraponer-se el

conocimiento situado, es asociado a representaciones abstractas y descontextualización; sin embargo, desde la perspectiva de estos autores las representaciones abstractas siempre adquieren significado en un contexto, y son en sí mismas adquiridas en circunstancias específicas. Asimismo, es importante tener en cuenta que la idea de comunidades de práctica, en las que los sujetos pueden ocupar posiciones de centro y periferia, supone asimismo que estos procesos involucran relaciones de poder y hegemonía: la participación completa implica un dominio cercano del conocimiento o prácticas colectivas para los cuales debe haber grados de adquisición atribuibles accesibles a los novatos, no obstante lo cual el carácter periférico alude a un acceso progresivo a fuentes de entendimiento a través del involucramiento creciente (Lave y Wenger 2007: 37).

A diferencia de las nociones de transmisión e internalización, la apropiación y la participación periférica permiten entender el proceso de aprendizaje compartiendo la naturaleza conflictiva de las prácticas sociales, de manera que las relaciones entre aprendices y veteranos son parte de procesos de transformación social acaecidos a nivel cotidiano. No se trata solamente de ser capaz de involucrarse en nuevas actividades o dominar nuevos conocimientos, sino poder establecer nuevas relaciones habilitadas por ese dominio, por las cuales el sujeto participa en la producción y reproducción de las estructuras de las comunidades de práctica en las que se ve involucrado. Al igual que Rogoff,

Lave y Wagner retoman estas ideas sobre el aprendizaje en sus dimensiones individuales y estructurales de los estudios inspirados en la noción de zona de desarrollo próximo de Vygotsky.

Con este sustrato conceptual, la noción de adiestramiento utilizada por Lave y Wagner se distancia de las aproximaciones clásicas al concepto, mucho más restringido en sus alcances, y que fue entendido como una actividad ligada a la producción artesanal, individual y en pequeños grupos, la utilización de herramientas simples y conocimiento tácito, la división del trabajo basada en la adaptación individual y la prevalencia de códigos de protección tradicionales: para estos autores el adiestramiento asume diversas formas históricas, tradiciones culturales y puede encontrarse en diversos modos de producción; no es inherentemente igualitario ni explotador, sino que debe analizarse bajo que forma de organización política y social se desarrolla en cada contexto, bajo que principios formativos se articula y se realiza (2007: 62-63).

Como se ha advertido, las tareas que los niños y jóvenes *mbyà* realizan mediante su participación periférica en actividades para la reproducción familiar doméstica pueden constituir experiencias formativas pero, también, constituir modalidades de trabajo infantil. Las primeras son condición para la transmisión de un patrimonio de saberes y la construcción de sucesores en la actividad desarrollada por los adultos del grupo doméstico, y se vinculan con las expectativas de formación de las unidades familiares; las segundas

implican la venta de la fuerza de trabajo y la consecuente extracción de un plusvalor por parte del adulto, situaciones de riesgo y escasas o nulas situaciones de aprendizaje de un oficio o habilidades (Leite de Sousa 2004; Neves 1999; Jacquemin 2004).

Las dificultades conceptuales en la definición de trabajo infantil derivan, por un lado, de que la definición precedente supone el establecimiento de categorías excluyentes en tanto en la realidad social los límites no son siempre precisos: exceptuando algunas situaciones claramente definidas de relaciones asalariadas, las situaciones de juego, formación y trabajo se entremezclan en la cotidianeidad de los niños *mbyà*, quienes usan instrumentos adultos para sus juegos y participan progresivamente de las actividades domésticas de reproducción social iniciándolas a partir de escenificaciones lúdicas, aprendiendo a través de esa participación.

Por otro lado, la transmisión de un patrimonio de saberes que integra la definición de las experiencias formativas en contextos indígenas involucra un debate sobre la noción de tradición, la que implica contemplar las estructuras productivas en cada zona de manera de precisar las actividades que se identifican como tales para los *mbyà*: como se verá mas adelante. Dependiendo de la movilidad de las comunidades y la ocupación del territorio en cada región es posible identificar ciertas actividades que se llevaban adelante en una generación y que no se puedan continuar en las siguientes.

tes, por lo que la noción de tradición resulta problemática en términos de continuidad temporal. En este sentido, la revisión de este concepto permite superar este requisito de antigüedad y permanencia en el tiempo (Hobsbawm y Ranger 1983), lo que posibilita analizar el carácter formativo de la participación en actividades productivas de manera que “nuevas” o “renovadas” actividades podrían también ser validadas y reconocidas por su contenido educativo.

Distintos estudios han abordado el aprendizaje en comunidades guaraníes recientemente, y han advertido sobre la centralidad que adquieren los procesos de observación, imitación y experimentación como parte de la constitución de una autonomía e individualidades de los niños en tanto personas que se reconocen como parte de un colectivo. Como señala Bergamaschi (2007), más que la enseñanza lo que pudo observar en *Lomba do Pinheiro* (Rio Grande do Sul, Brasil) fue una búsqueda de aprender por parte de niños y jóvenes, quienes acompañaban a los mayores y en ese “dejar hacer” por parte de los adultos - donde el consejo es diferido en el tiempo -, se proporciona un espacio para que los sujetos experimenten y establezcan por sí mismos los límites de sus acciones, aunque por ello - advierte la autora- se vean expuestos en ocasiones a ciertos trastornos menores, que erróneamente han sido interpretados por algunos funcionarios e investigadores como una “falta de cuidado”.

Las observaciones de Bergamaschi (2007) provocan interesantes reflexio-

nes en términos de los principios relativistas de la antropología y sus debates actualizados por las leyes de protección de los derechos de la infancia, ya que las nociones de protección y autonomía pueden complejizarse desde una perspectiva comparativa, propia de la disciplina. Por otra parte, es importante destacar como esta perspectiva experimental de la producción de conocimiento se vincula con un énfasis en la emoción como complemento del pensamiento racional, que la educación escolar suele considerar como subsidiaria y restringida a ciertas áreas de tipo expresivo lenguaje, arte.

Coincidentemente, en las aldeas *Palmito* y *Marangatú* (Departamento Guaraní, Misiones, Argentina) Larricq (1993) exploró aquellas situaciones de juego que, a edades muy tempranas como los 4 o 5 años, configuraban escenificaciones de trabajo adulto macheteo, cocina, carpida, recolección. Si bien se trataba de tareas habituales de los mayores que los niños realizaban conscientes de que se trataba de imitaciones, implican una observación detallada y una repetición seriada de operaciones a la vez que se adquieren competencias motoras, intelectivas y lingüísticas.

Larricq (1993) indica que la realización obligada de tareas hogareñas fundadas en estas escenificaciones - tales como el acarreo de agua, el cuidado de animales, la preparación de alimentos - comenzaban a los 6 o 7 años (dependiendo de la composición de los grupos domésticos y la división sexual de trabajo); en otras actividades del monte o la huerta, en cambio, colaboraban en forma in-

termitente y sin obligación hasta los 11, 12 o 13 años, si bien desde unos años antes los niños acompañaban a sus padres en la jornada laboral y realizaban entonces este mismo proceso de aproximación progresiva a la práctica por imitación.

En virtud de lo anterior, ciertas obligaciones domésticas que los niños *mbyà* realizan desde temprana edad plantean un interés conceptual específico, ya que su realización no implicaría en principio una experiencia formativa en términos de conocimiento cultural complejo. Sin embargo pueden ser entendidas como experiencias formativas en tanto su cumplimiento es parte de la comprensión y ejercicio de procesos de colaboración para el sostenimiento de los grupos domésticos. Esto no implica ignorar las relaciones de poder que se producen en el seno de los grupos domésticos; siguiendo la orientación conceptual de Schiavoni para estudiar las familias y la división del trabajo, es interesante entenderlas como un campo de poder, donde las posiciones que ocupan los integrantes deben ser entendidas de acuerdo a los recursos que logran disponer. La autora plantea la necesidad de problematizar conceptual y empíricamente las actividades productivas y reproductivas, ya que de esa manera el trabajo doméstico puede ser entendido como trabajo necesario para la reproducción de los grupos sociales (Schiavoni 2003).

De estas definiciones surge que, al referirnos a los sujetos como trabajadores, podemos incluir a todos los miembros que desempeñan sistemáti-

camente una labor para la producción y/o reproducción del grupo familiar. Esto permite analizar reemplazos, diferenciaciones genéricas, de edad y de posición en la escala de hermanos ya no como mandatos culturales fijos sino en su proceso de construcción sociohistórica. En este sentido consideramos que el tipo de tareas realizadas, su frecuencia y distribución merece ser descripta empíricamente y analizada conceptualmente para poder precisar los alcances del concepto de trabajo infantil doméstico en cada contexto social e histórico particular en el que se lo aplique.

LOS CULTIVOS Y LA CRÍA DE ANIMALES EN SAN IGNACIO

El departamento de San Ignacio ocupa un lugar de relevancia a nivel provincial en la producción de cultivos industriales, especialmente de yerba mate y en menor medida de té. Por la superficie dedicada a estos productos posee respectivamente el 3ero y 4to lugar en la provincia, siendo la proporción de la superficie del departamento destinada a cada producto el 18% y el 2% respectivamente (INDEC 2010. Cuadro 4.10 CNA 2002)⁴.

En ambos cultivos, la superficie promedio por productor en San Ignacio es un poco mayor a los valores provinciales – en el caso de la yerba mate, 14 y 10 has; en el caso del té, 25 y 4 has respectivamente (Gobierno de Misiones 2008: 351, 352 y 358)⁵. Esta información permite concluir que la plantación de yerba mate y té continúa siendo pro-

ducto de colonos y ocupantes en toda la provincia, si bien en el departamento considerado tiende a haber comparativamente mayores extensiones; por otra parte, esta producción se integra en una cadena agroindustrial significativamente concentrada, ya que la primera venta se realiza sin procesamientos y directamente a la industria en un 60% en el caso de la yerba mate y en un 70% en el caso del té (INDEC 2010. Cuadro 12.1. CNA 2002).

Asimismo, el departamento de San Ignacio ocupa el primer lugar provincial en la producción hortícola bajo cubierta – 41.250 m², representando más del 23% de la superficie provincial destinada a este tipo de productos –, siendo también relevante el cultivo de mandioca – 747,5 has sobre 9.097,7 has en la provincia (INDEC 2010. Cuadro 4.18. CNA 2002). En el caso de los cereales, la producción provincial se concentra fundamentalmente en el maíz, pero el departamento de San Ignacio no se destaca por su producción – es de solamente 653,5 has por sobre las 33.523 a nivel provincial (INDEC 2010. Cuadro 4.6. CNA 2002) –; este último producto reviste especial relevancia, ya que se trata de una especie que se reconoce como tradicionalmente cultivada por los *mbyà*, como se verá más adelante. Finalmente, de los datos estadísticos surge que la cría de animales no es significativa en San Ignacio si se la compara con otros departamentos de la provincia, destacándose el ganado bovino en rodeos predominantemente pequeños – 6.658 cabezas sobre 345.648 en 2002. Un proceso similar se

verifica con los porcinos – 959 cabezas sobre 125.128 – en piaras también de número reducido (Gobierno de Misiones 2008: 366, 380 y 382).

Las actividades de horticultura y cría de animales en los núcleos *mbyà* próximos a San Ignacio presentan similitudes con el panorama descrito para el departamento, si bien pueden señalarse asimismo algunas diferencias. En principio, la producción vegetal y animal que se observa en estas comunidades no es muy amplia, proceso en el que probablemente incida en hecho de que el turismo y las relaciones con el Estado son fuente complementaria de ingresos para las familias. No obstante, es posible advertir que la producción vegetal – al menos en *Katupiry*, *Andresito* y *Pindoity*, donde se pudo abordar con mayor detalle – responde a los cultivos tradicionales en las comunidades *mbyà* tales como mandioca, maíz, batata, porotos, zapallo (sobre todo de los dos primeros productos) y se puede observar asimismo la cría de gallinas y la compañía de perros.

Pese a que la variedad animal es escasa, es importante hacer una breve referencia a la presencia en la cotidianidad de los niños de interacciones con animales domésticos, ya que la potencialidad formativa es significativa. En su trabajo en las aldeas *Palmito* y *Marangatú* (Departamento Guaraní, Misiones, Argentina), Larricq (1993) advierte la importancia que tiene para los niños ya desde aproximadamente los tres años de edad la observación y el manejo de animales domésticos, que brindan oportunidades para comparar

actitudes físicas y costumbres con los de las personas circundantes, originándose así sobrenombres de uso cotidiano.

De los desarrollos de este autor es interesante destacar como las burlas rimadas y comparaciones que ridiculizan utilizando como referente a los animales domésticos tienen un importante sentido formativo entre los niños y desde los adultos, en tanto interviene un uso del sentido metafórico del lenguaje. Del trabajo de campo realizado hasta el momento en San Ignacio se deriva que los niños *mbyà* de las comunidades anteriormente mencionadas interactúan con animales domésticos sobre los cuales pueden hacer referencias en juegos y burlas, pero su intensidad es menor si se lo compara con las oportunidades que derivan de las responsabilidades cotidianas de algunos niños de la colonia – cuyas familias registran una mayor actividad productiva de crianza de porcinos y aves de corral –, quienes aprenden a “mover animales” para alimentarlos, en tanto los niños mayores participan incluso del faenamiento.

En relación a la producción vegetal, según relata Agustín, auxiliar docente indígena nacido en *Andresito* e hijo del primer cacique de *Katupiry* – Silverio –, los niños de 7 u 8 años de las dos aldeas en las que ha vivido suelen acompañar a los mayores a la chacra, observando y ayudando. En *Katupiry* cuentan con 450 hectáreas de propiedad de la comunidad donde viven unas 250 personas; en un terreno de 3 a 5 hectáreas plantan mandioca y porotos

en septiembre u octubre, y entre marzo y abril los pueden empezar a consumir. Respecto del maíz, plantan variedades de tres y seis meses comenzando en el mismo período. Por su parte José, un auxiliar indígena que nació cerca de San Pedro y fue a vivir a *Andresito* a la edad de 6 años con sus abuelos, relata que esta comunidad cuenta con un territorio de 12 hectáreas propiedad del obispado, donde viven actualmente unas 50 personas. En *Andresito* disponen de un terreno mucho menor y por ello se cultiva menos que en *Katupiry*: a los productos mencionados, que no ocupan más de 1 hectárea, le suman una huerta con distintas verduras de hoja.

Del trabajo de campo surge que las agencias gubernamentales ligadas a la agricultura no logran, pese a disponer de un cuerpo profesional amplio y abundantes documentos sobre las actividades productivas de la región de San Ignacio, interactuar con los colonos y ocupantes que se encuentran en posiciones más marginalizadas. Por su parte, da la impresión de que los *mbyà* de la zona no son considerados una población objeto de estas políticas, cuestión que en sí misma requiere de reflexión: dado que a los *mbyà* se los identifica y reclaman fundamentalmente por sus actividades extractivas en el monte, las tareas agrícolas no son habitualmente consideradas como “tradicionales” de sus comunidades, e incluso pueden ser asociadas a una sedentarización forzada⁶. Ante esta situación, y teniendo en cuenta las discontinuidades en las actividades

productivas en el transcurso de las generaciones señalado precedentemente, el interrogante consiste en establecer cómo ciertas actividades “nuevas” son apropiadas o incluso potencialmente reivindicadas por algunas comunidades.

Este argumento se refuerza si se compara la situación de los *mbyà* de San Ignacio con otros contextos donde la producción hortícola de las comunidades es abundante. Es el caso de la aldea *Tekoa Maragatu* (municipio de Umarui, Estado de Santa Catarina, Brasil), donde Utermoehl y Nunes (2006) pudieron registrar un uso amplio de prácticas tradicionales de cultivo que les permitían a los *mbyà* sortear algunos problemas de la agricultura occidental tales como la dependencia de insumos (semillas y fertilizantes), el monocultivo y la homogeneización de las especies que provocan la degradación ambiental. La utilización de variedades de maíz, plantadas en asociación con porotos, mandioca, batata, maní y zapallo, contribuía así a la preservación del suelo y la mejora genética.

Por otra parte, el estudio de Perez Felipim y Queda (2005) es particularmente importante porque analiza actividades agrícolas en relación a la movilidad espacial mbya. Este trabajo releva en la comunidad indígena *Guarani Yityty* (Ilha do Cardoso, municipio de Cananéia, estado de São Paulo, Brasil) la conservación de los cultivos del maíz – identificados en general como *avaxí etá* –, considerando cómo diversos mecanismos que componen el sistema agrícola favorecen la manutención y el

aumento de la variabilidad genética de sus cultivos.

Los autores subrayan que el maíz acompaña los sucesivos traslados de las comunidades y su producción – que no es solo destinada a la alimentación sino que tiene importancia ritual – se mantiene a partir de la reserva de semillas que garantiza su plantación donde quiera que la comunidad se desplace. Esto es particularmente importante dado que el maíz cultivado y domesticado no dispone de un mecanismo de propagación y dispersión natural, dependiendo totalmente de la acción humana para su sobrevivencia, siendo las técnicas de conservación fundamentales para tal propósito.

Las diez variedades de maíz que Perez Felipim y Queda (2005) identificaron como presentes en el sur de Brasil constituyen insumos para un amplio repertorio de formas de preparación como alimento y bebida. Las familias nucleares y/o extensas realizan el corte y quema de no más de 1 hectárea para plantar cultivos “tradicionales” y “no tradicionales” en un mismo espacio, siendo los segundos aquellos que son considerados por los propios mbya como “cultivos del blanco” y adquiridos por compra, trueque o donación. La permanente distinción de productos tradicionales es en sí mismo relevante a los fines de este estudio ya que las discusiones a la normativa sobre trabajo infantil requieren este atributo; sin embargo, analizadas desde las tareas involucradas esta diferencia entre productos que se sostiene desde las creencias religiosas se vuelve relativa.

La población de la comunidad en la que trabajaron Felipim y Queda (2005) se originó en 1992 a partir del traslado de una familia que anteriormente se encontraba residiendo en el Estado de Paraná, al sur de la ubicación actual. Posteriormente dos familias se asentaron allí, conservando el jefe de la primera familia el liderazgo de la comunidad. Al analizar las prácticas agrícolas de cada familia, los autores advirtieron como en cada caso se verificaban trayectorias de vida en distintas comunidades localizadas en territorio argentino y paraguayo y, en lo que refiere a los cultivos, la circulación de semillas se vinculaba con el sistema de parentesco y las redes de reciprocidades: los cultivos podían ser entonces pasados de generación en generación acompañando los traslados de las familias, ser obtenidos durante la estadía en diversas aldeas *guaraní*, o en visitas a familiares.

EL MONTE Y LA EXPLOTACIÓN FORESTAL EN SAN IGNACIO

Como se señaló, en San Ignacio se verifica una menor proporción de latifundios en relación al promedio provincial – 25% y 45% respectivamente –, y existe un número significativo de pequeños productores que se dedican al cultivo de yerba mate, te y viveros hortícolas. Esta descripción podría dar la impresión de que la producción agrícola a pequeña escala podría caracterizar a San Ignacio. Sin embargo, al analizar los datos de la producción forestal, se observa que este departamento ocupaba en 2002 el tercer lugar en la

producción provincial en relación a la superficie de bosques de pinos implantados: coincidentemente, las 21.144 has identificadas en el CNA como destinadas a la producción de esta especie no autóctona en el departamento correspondían a casi el 20% de su superficie bajo explotación agrícola, mientras que en la provincia la extensión de este producto era del 14% (Gobierno de Misiones 2008: 392). Asimismo, analizando la producción de los últimos años, puede observarse que a nivel provincial se triplicó la producción de rollos de madera proveniente de montes implantados desde el 2002 al 2007, lo que permite suponer que este departamento ha participado de ese crecimiento, dada la importancia que ocupa en la producción a nivel jurisdiccional (Gobierno de Misiones 2008: 389).

Dado que las comunidades *mbaya* próximas a San Ignacio son de tamaños diversos y se encuentran a diferentes distancias respecto de la ciudad cabecera del departamento, las posibilidades de acceder al monte para realizar actividades extractivas son en general limitadas pero asimismo heterogéneas. La vida en proximidades del monte hace que los niños pequeños, desde los 3 o 4 años, aprendan como manipular o evitar pequeños animales que encuentran en las inmediaciones de sus viviendas; al mismo tiempo, las crecientes restricciones de accesibilidad hacen que los niños mayores no dispongan de un contexto para la apropiación de los conocimientos sobre las actividades extractivas asociadas al monte que los adultos jóvenes podrían proporcionarles.

Con estas condiciones contextuales desfavorables, los varones jóvenes de estas comunidades pueden dar cuenta de la transmisión intergeneracional de conocimientos sobre trampas para pequeños animales y pájaros, aunque la actividad diste de ser cotidiana. Agustín - ADI y Javier, segundo cacique – recuerdan que en su infancia en *Andresito* solían cazar tatús, coatis y lagartos: mientras el primero hace 10 años que no sale a buscar animales pero ocasionalmente construye con los niños alguna trampa para aves, el segundo relata que con sus hijos más grandes suele adentrarse unos 10 km y allí aprenden a cazar *ararakay* (loritos), zorzales, *jeruti* (tórtolas), urracas (aka'e), *uru i*, *ynambu* (perdices), *yaku* (pavos monteses); también a veces salen a melar, buscando *jate'i* (abejas largas).

El relato de Benjamín da cuenta de la situación de mengua del acceso al monte en el transcurso de su propia generación: hijo del cacique de *Tekoa Arandú*, una comunidad ubicada a 150 km. hacia el Noreste de la provincia de Misiones (Argentina), *se acompaña* con la hija del cacique de *Katu Piry* y tras instalarse allí - tras realizar un curso de ADI en 2008 -, comienza a desempeñarse en la escuela próxima a *Andresito*. Benjamín recuerda que en su infancia en *Tekoa Arandú* disponían de un vasto territorio, ya que como resultado de una donación ocurrida a principios de los '90 la comunidad cuenta legalmente con más de 4000 hectáreas. Sin embargo, en los últimos años la zona se pobló de pequeños productores de tabaco, y han sufrido asimismo intru-

siones para la extracción de madera que provocaron litigios judiciales. Siendo niño, Benjamín acompañaba a su padre y así aprendió a cazar venados, tatú, a recolectar *pakuri* (árbol frutal similar a la naranja) y miel; la aldea de *Katu Piry*, donde vive actualmente, está rodeada de plantaciones de pino destinado a la elaboración de papel y las familias se dedican al cultivo en la chacra, y la realización de artesanías, por lo que el contraste con sus experiencias infantiles es significativo.

Es interesante comparar la perspectiva de Benjamín con la de Agustín, ya que ambos viven en *Katu Piry* pero analizan el escenario con distintos parámetros: mientras para el primero las limitaciones en el acceso al monte son evidentes en relación a su infancia en *Tekoa Arandú*, para el segundo son relativas, ya que las compara con su infancia en *Andresito*. Es así como en su relato Agustín valora las 300 hectáreas de monte en *Katu Piry*, donde pueden encontrar numerosos árboles frutales como *aratiku* (chirimoya), *guaporaity* (*guapo'y*: higuera), *guavira* y *gñembé* mientras que en *Andresito*, en cambio, fue posible observar durante el trabajo de campo como la tala de árboles se realizaba cotidianamente a menos de 100 metros de las viviendas. José, el ADI que vive allí señala que en la zona hay *guayuvira*, *guatambu*, cedro, lapacho colorado (*taju pyta*), laurel, todas maderas duras que una vez taladas son reemplazadas por pino, que crece a mayor velocidad.

Las actividades del monte que estos adultos jóvenes relatan como propias

de su infancia son similares a las reconstruidas en *Palmito* y *Marangatú* (Misiones, Argentina) a fines de los 80 por Larricq (1993). Este autor describió como los varones, a partir de los 6 o 7 años, acompañaban a los mayores en actividades del monte cercano, participando progresivamente de un conocimiento amplio del ambiente natural asociado con relatos míticos a los que los niños también accedían paulatinamente. En estudios recientes, en cambio, estas actividades fueron registradas en aldeas más alejadas de los centros urbanos; este es el caso de las responsabilidades de los varones desde los 10 años descritas en el trabajo de campo de Enríz en *Tekoa Yma* – localizada en la reserva de biosfera *Yabotí* (Misiones, Argentina) – donde los niños se encargaban progresivamente de revisar trampas para animales (Enríz y Palacios 2008; Enríz y Padawer, 2008).

Aprovechamientos del monte similares pudo reconstruir Cebolla Badie (2005) con el trabajo de campo en *Takuapí*, *Jejy* y *Fortín Mbororé* (Misiones, Argentina), donde pudo analizar el conocimiento *mbyà* sobre las especies de abejas y avispas que permite el uso de la miel en la dieta, la medicina y prácticas religiosas. Estas prácticas de recolección se realizaban de acuerdo a un patrón reconocido como “tradicional”, por el cual esta tarea era realizada por varones que podían eventualmente ser acompañados por mujeres. Esta actividad implicaba disponer de la habilidad para la detección de los nidos, distinguir distintas especies de abejas y avispas, así como de las especies arbóreas de las

que los insectos retiraban resina y libaban las flores⁷.

Asimismo, este conocimiento implicaba reconocer las formas y estructuras internas de los panales de cada especie, y los períodos en los cuales convenía recolectar la miel. En su trabajo, Cebolla Badie (2005) advirtió que, pese a la amplitud de conocimientos implicados, en los últimos tiempos estas prácticas comenzaron a reducirse por la deforestación, extinción de la fauna y la pérdida del acceso a territorios donde se realizaban estas actividades⁸.

LA PRODUCCIÓN DE ARTESANÍAS Y EL TURISMO EN SAN IGNACIO

El Parque Nacional Iguazú, donde se ubican las cataratas del mismo nombre, es el primer destino turístico de la provincia de Misiones. Dispone de aeropuerto propio, 75 establecimientos para alojamiento y de acuerdo a los datos oficiales recibió en 2007 a 1.020.529 visitantes, siendo el crecimiento constante en los últimos años hasta llegar a duplicar los valores del año 2000, con la sola excepción del período 2001-2002, cuando la crisis económica y política que atravesó el país tuvo su impacto también aquí (Gobierno de Misiones 2008: 430).

El departamento de San Ignacio, y específicamente las Ruinas de San Ignacio Mini, constituyen el segundo destino turístico de la provincia. Los 60 km de distancia respecto de la ciudad capital provincial permiten los traslados diarios, por lo que cuenta con un número significativamente menor

de posibilidades de alojamiento – 13 ofertas. Asimismo recibe una menor afluencia turística, con 233.785 accesos a las Ruinas en 2007, siendo su crecimiento respecto del año 2000 de un 65%. El crecimiento del turismo en San Ignacio implica que en los meses de mayor y menor afluencia ingresen a las Ruinas diariamente y en promedio entre 1.000 y 250 personas respectivamente (Gobierno de Misiones 2008: 430 y 434).

Si consideramos que el municipio de San Ignacio contaba en 2001 con 10.541 habitantes (INDEC, 2010. Cuadro 11.1. Censo 2001), el número de visitantes a las Ruinas seguramente impactará en las actividades económicas y, en general, en distintas dimensiones de la vida local. En el caso de las aldeas *mbyà* de la zona, como se anticipó, una consecuencia identificable consiste en la creciente ocupación de los niños, jóvenes y adultos en la búsqueda de materiales para artesanías, su confección y venta. Los productos se comercializan a partir de las visitas de turistas a las comunidades y en los puestos localizados alrededor de las Ruinas de San Ignacio Mini, o incluso por viajes esporádicos a otras localidades turísticas de la provincia (Cataratas del Iguazú) o del país (Sierras de Córdoba).

De los testimonios de los ADI y caciques, así como de la observación del mercado próximo a las Ruinas de San Ignacio, es posible establecer que los niños de *Katu Piry* y *Andresito* aprenden a hacer tallas en madera a partir de los 8 o 10 años aproximadamente, habiéndose

dose estandarizado 5 tamaños básicos de figuras, que oscilan entre 3\$ y hasta 50\$ en la venta al público. Las niñas y las mujeres confeccionan collares (con *kapi'ia*), anillos y pulseras que se venden a 2\$ y 3\$, y también elaboran cestería utilizando *takuara*, *takuarembó* y *güembepi*; con los mismos materiales se confeccionan coberturas para botellas, mates o termos, las que se venden entre 5\$ y 20\$.

Esta actividad intensiva preocupa a los miembros de las comunidades ya que cada vez resulta más difícil obtener la materia prima: según relata Javier, segundo cacique de *Andresito*, para conseguir madera de *kurupi* para elaborar las tallas debe recorrer casi 10 km; José, uno de los ADI, se ha perfeccionado en la elaboración de coberturas para botellas, termos y mates, advirtiendo que si la raíz del *güembepi* se puede recolectar cada dos meses, el *takuarembó* está disponible dos veces al año, mientras que la *takuara* (utilizada como base de cestería y adornos) es de más fácil acceso.

En esta relación entre la producción artesanal y el turismo, una cuestión pendiente de indagación es el vínculo que se establece entre las comunidades localizadas en proximidades a San Ignacio y el emprendimiento cultural y turístico de las Ruinas de San Ignacio Mini, que viene siendo en las últimas décadas objeto de distintas políticas culturales (establecimiento y renovación del Museo, recientemente la organización de un espectáculo de Imagen y Sonido). Si bien del trabajo de campo surge que algunos indígenas se desempeñan como

personal del establecimiento en la actualidad, la inserción es cuestionada tanto por indígenas como por habitantes del pueblo: dado que la parcialidad *mbyà* se distingue por ser aquella que no participó de las misiones jesuíticas, su involucramiento actual es problemático en términos de continuidades históricas.

LA REPRODUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO TRADICIONAL INDÍGENA EN UN ESPACIO SOCIAL RURAL EN TRANSFORMACIÓN

En este trabajo se ha procurado mostrar de qué manera la ocupación y uso del territorio de los núcleos *mbyà* localizados en las inmediaciones de San Ignacio (provincia de Misiones, Argentina) está vinculada con su proximidad con la ciudad cabecera del departamento. De los 8 núcleos, sobre los que se dispone de heterogénea información, puede afirmarse que se observa una tendencia a la creación de nuevos asentamientos, los que disponen de limitado acceso a los recursos del monte, y posibilidades para realizar actividades de cría de animales y huerta.

La cercanía con pobladores que se identifican como colonos, quienes frecuentemente tienen condiciones similares de acceso a la tierra que los *mbyà*, genera interacciones que asumen sus particularidades en y entre las distintas generaciones. Si los niños de la mayoría de las comunidades asisten a escuelas propias, un establecimiento se distingue por su matrícula heterogénea, pro-

duciéndose relaciones novedosas para los niños *mbyà* y colonos entre sí y en relación a los procesos de conocimiento. Del mismo modo, jóvenes y adultos de algunos de los núcleos entablan crecientes vínculos con funcionarios y políticas del Estado, especialmente a través de la escuela.

En este espacio social rural, caracterizado por la coexistencia de propiedades de grandes extensiones, estancias, y pequeñas propiedades de colonos y ocupantes, se han producido importantes transformaciones en los últimos años, ya que se ha incrementado la producción forestal a escala transnacional, se ha reducido la producción de yerba mate que caracterizaba a los colonos, se ha incrementado la producción de té – históricamente una industria más concentrada –, y se han generado algunas alternativas de producción hortícola en viveros, cría de cerdos y actividades ligadas al turismo. Los reclamos de los sectores más perjudicados se han orientado, con contradicciones, en dos direcciones básicas: en el caso de los *mbyà* en el acceso al monte, y en el de colonos y ocupantes al control y ayuda estatal en la comercialización de sus productos.

Para las poblaciones *mbyà*, las economías domésticas de subsistencia vinculadas a procesos de producción y reproducción capitalista implican una incorporación relativamente temprana de niños y jóvenes a las tareas productivas – si se la compara con un patrón urbano de clase media. De esta manera, la escolaridad obligatoria de los niños *mbyà* coexiste con tareas cotidianas

en la unidad doméstica: su incorporación es progresiva, participando en tareas de complejidad y exigencia física crecientes. Los aprendizajes tempranos acerca del trabajo doméstico y predial, como ya se ha sistematizado para otros contextos, se realizan a través la observación e imitación, lo que permite la apropiación paulatina del repertorio de conocimientos especializados útiles para resolver problemas prácticos.

Del trabajo realizado surge que el carácter formativo de las experiencias involucradas en la participación de los niños en actividades productivas no puede darse por descontado, pero tampoco eludirse en sus consideraciones conceptuales y empíricas. Si la participación de las jóvenes generaciones *mbyà* en la cría de animales y la huerta no es especialmente significativa en San Ignacio, el contraste con otros contextos permite más bien problematizar las escasas oportunidades de los adultos de realizar estas actividades, las que seguramente podrían mejorar considerablemente las condiciones de vida de las familias además de proporcionar vías para el conocimiento del mundo vegetal y animal a través de la experiencia a los niños y jóvenes. Debe advertirse, no obstante, que estas potencialidades se distinguen de la participación de los niños indígenas en la producción de cultivos industriales: estas relaciones, mediadas directa o indirectamente por un salario, no conllevan la oportunidad de desarrollar experiencias y conocimientos significativos, y el agotamiento de los trabajadores conspira con la escolarización.

Al igual que la huerta y la cría de animales, las actividades extractivas en el monte son poco frecuentes en las comunidades *mbyà* de San Ignacio. Sin embargo, a diferencia de las anteriores, se observa una preocupación por la continuidad de las tareas en las sucesivas generaciones: esta se expresa en la limitada pero persistente participación de los niños en la caza de aves, la recolección de frutos y materiales para artesanía fundamentalmente. Estas tareas conllevan un importante conocimiento del mundo natural, social y competencias lingüísticas sobre las que los jóvenes y adultos *mbyà* reconocen un retroceso: la tarea de los auxiliares docentes indígenas parece incipiente pero clave para desarrollar estrategias de registro y producción cultural en esta área, las que solo podrán fructificar si los reclamos por el acceso a la tierra son atendidos desde la incipiente tarea de demarcación emprendida por el Estado.

Finalmente, la producción de artesanías requiere una mención especial dado que las tareas que los niños pueden aprender implican destreza manual y desarrollo artístico, los que involucran asimismo competencias cognitivas. Del trabajo realizado surge que en la zona de San Ignacio las artesanías están en gran medida estandarizadas, lo que no impide que en el futuro puedan elaborarse y desarrollarse piezas únicas que involucren creación y conocimientos complejos de procesos técnicos. Si la producción de objetos artesanales es por definición una actividad tradicional indígena y su potencialidad como

experiencia formativa es significativa, debe advertirse que la participación de los niños en la comercialización de los productos constituye una actividad de la que deberían poder estar protegidos, ya que no parece implicar conocimientos sustantivos y sí, en cambio, traslados agotadores e interacción en contextos de riesgo.

Las políticas estatales de erradicación del trabajo infantil en la Argentina, acordes con las recomendaciones de los organismos internacionales, tienden a reconocer de manera declarativa la importancia que asume la participación de los niños en el trabajo familiar como parte de la producción y reproducción del conocimiento tradicional indígena. Si su prioridad es garantizar la escolaridad de los niños como un derecho universal, debe advertirse sobre la necesidad de orientar acciones estatales para garantizar, asimismo, aquellos derechos particulares que están implicados en el acceso a formas de conocimiento que no son mediadas habitualmente a través de la escuela. El reconocimiento de las experiencias formativas de los niños indígenas plantea, en definitiva, desafíos conceptuales y políticos a los derechos universales de la infancia: si el derecho a la educación se traduce habitualmente en reclamos por la garantía de acceso a la forma escolar hegemónica, sin renunciar a ellos debería poder exigirse de manera similar el cumplimiento de otras formas, particulares y propias de distintas comunidades indígenas y rurales, de formación en el conocimiento del mundo.

En este sentido, no se trata solamente

de reconocer el estatus de conocimiento relevante para aquellos saberes locales y particulares de las comunidades indígenas, sino de estudiar cómo se articulan con los conocimientos habitualmente producidos en contextos escolares, hibridaciones tanto cuando se refiere a abstracciones como cuando se alude a conocimientos asociados a prácticas concretas. Si la producción de conocimiento es continua y contingente a oportunidades locales de experiencia, observación y reflexión, es posible postular que para la profundización de las declaraciones y acciones de protección de derechos de la infancia, el Estado debería garantizar de maneras precisas que ese conocimiento local sea asimismo recreado a través de las generaciones.

NOTAS

¹ La categoría de los ocupantes incluye una significativa heterogeneidad interna, ya que si bien un sector minoritario se asemeja a los colonos, la mayoría pueden definirse como campesinos escasamente integrados al sistema económico, y un número de ellos son semiproletarios que combinan un trabajo asalariado con una mínima agricultura de subsistencia (Baranger 2008).

² La categoría de colono ha sido objeto de discusión de la antropología sobre la región desde ya hace varias décadas. Los estudios de E. Archetti y K. A. Stolen en el norte de Santa Fé (1974) y de L. Bartolomé en Misiones (1975) problematizaron el carácter no campesino de los productores agrícolas de la zona recurriendo al término *farmer* - en ocasiones traducido como granjero. Esta forma de producción, caracterizada por el empleo de la fuerza de

trabajo doméstica pero donde es posible cierta acumulación del capital, condujo a que los reclamos políticos de los colonos se centraran en el acceso al crédito, la comercialización y distribución de mercancías (Baranger 2008).

³ De la tipología, solamente la categoría de “hacendado” presenta problemas para ajustarse a los rangos del CNA ya que teóricamente se debería incluir unidades productivas entre 100 y 1.000 hectáreas, mientras que el censo establece dos categorías parcialmente superpuestas con esta: EAP entre 50 y 200 hectáreas, y entre 200 y 1000 hectáreas. Dada esta dificultad y con la información disponible, a los fines de este trabajo se ha optado por sumirlas.

⁴ Estos productos experimentaron variaciones en el periodo 2002-2007: en el caso de la yerba mate, la superficie destinada a la producción provincial disminuyó – de 167.300,3 has a 161.180 has – mientras que en el departamento San Ignacio ascendió levemente – 19.160 has a 19.394 has. En el caso del té, en cambio, se verificó un incremento de la superficie destinada a la producción a nivel provincial – de 34.843 has a 44.801 has – así como en el departamento San Ignacio – de 2.140 has a 7.738 has (Gobierno de Misiones 2008: 350 y 352).

⁵ Se trata de un promedio teórico obtenido en base a datos de cantidad de productores y superficie cultivada por departamento, que son los datos proporcionados en las fuentes mencionadas.

⁶ Para analizar las actividades de la población *mbyà* en Misiones en relación a huertas y cría de animales desde una perspectiva más diacrónica es interesante recurrir al análisis de Enriz (2008), quien advierte que el proceso de sedentarización de la población *mbyà* en el actual territorio argentino es reciente, pudiendo ser ubicado en los últimos 50 años. Esta autora reconstruyó acciones externas en pos de la sedentarización, específicamente en el período 1978-1988 donde

el Instituto Superior Antonio Ruiz de Montoya con apoyo gubernamental estableció en Aldea Perutí (Misiones) una escuela, viviendas, una carpintería, un criadero de pollos y cerdos, una panadería y un taller de costura, entre otras iniciativas. El contexto en el que se realizó la propuesta se vinculaba con una etapa de incipiente uso de tierras cultivadas por parte de colonos en la zona, por lo que el proceso de sedentarización se efectivizó cuando las familias *mbyà* podían realizar sin dificultades sus actividades en el monte, lo que implícitamente tuvo como consecuencia la “liberación” del mismo de presencia indígena.

⁷ Cebolla Badie pudo reconstruir una clasificación de las especies a partir de criterios tales como el comportamiento del insecto (*ei porecha du'u* o “abeja que muerde en los ojos”), a las características morfológicas (*ei ru'ji* o “abeja de vello abundante”), a alguna particularidad de la miel que producen (*ei kachi* o “miel de olor desagradable”), a su mordedura (*tata ei* o “abeja de fuego”), a la forma del panal (*ei pu'a* o “redondo”), al lugar donde construyen el nido (*yry ei* o “abeja de tierra”) o a un mito de origen (*yryru'ja* o “el que porta la vara-insignia”). En este sentido un aporte de la autora para analizar el conocimiento del mundo natural radica en la identificación de especies que fueron clasificadas aun cuando no tenían un uso inmediato para las comunidades.

⁸ Un cambio significativo en los saberes vinculados con esta práctica lo constituyó la introducción de una especie europea hace aproximadamente un siglo – *ei ksuap'ye'gy*: abeja desconocida o *ei remã*; abeja alemana, que se expandió invadiendo nichos de otras especies. Asimismo, los *mbyà* expusieron sus reclamos acerca del uso indiscriminado de insecticidas y pesticidas en las plantaciones comerciales cercanas a sus asentamientos, que contaminan las aguas de los arroyos y exterminan a los insectos melíferos o vuelven tóxica la miel que producen (Cebolla Badie 2005).

REFERENCIAS

- Archetti, E. y K. A. Stolen. 1975. *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Baranger, D. 2008. La construcción del campesinado en Misiones: de las Ligas Agrarias a los “sin tierra”, en *Campesinos y agricultores familiares. La cuestión agraria en Misiones a fines del siglo XX*. Editado por G. Schiavoni, pp. 33-70. Buenos Aires: Ciccus.
- Bartolomé, L. 1975. Colonos, plantadores y agroindustrias. La explotación agrícola familiar en el sudeste de Misiones. *Desarrollo Económico* 58: 25-56.
- Bartolomé, L. 2000. *Los colonos de Apóstoles: estrategias adaptativas y etnicidad en una colonia esclava en Misiones*. Posadas: Editorial Universitaria, Universidad Nacional de Misiones.
- Bartolomé, M. 2004. Flechadores de jornales. Identidad guaraní en el Paraguay contemporáneo. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, 10 [En línea] 02 février 2005. URL: <http://alhim.revues.org/index120.html>. Consultado el 27 de mayo de 2009.
- Bidaseca, K. y D. Mariotti. 2001. Viejos e nuevos actores en la protesta rural en la Argentina. *Sociologías* 3 (5): 148-189.
- Cebolla Badie, M. 2005. *Ta'y ñemboarái. La miel en la cultura mbya-guaraní*. Programa de Doctorat en Antropologia Social i Cultural. Universitat de Barcelona. Resumen de Trabajo de Investigación Bienio 2002-04.
- Cragolino, E. 2006. Infancia, escolarización y apropiación de la lectura y la escritura en familias rurales. *Actas del XI Simposio de Investigación Etnográfica en Educación*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Enriz, N. y M. García Palacios. 2008. Deviniendo Kuña va'era, en *Mujeres indígenas en la Argentina*. Editado por S. Hirsch, pp. 205-230. Buenos Aires: Biblos.
- Enriz, N. 2008. Peteñ sueño moroti. A White Dream. *Acta Americana. Revista de la Sociedad Sueca de Americanistas* 16:2.
- Ferrero, B. 2006. Territorios ambientalistas e identidades rurales. El caso de los colonos de Misiones, en el noreste argentino. Ponencia. *VI Reunión de Antropología del Mercosur*. Montevideo.
- Gobierno de Misiones. 2008. *Anuario Estadístico*. Instituto Provincial de Estadísticas y Censos.
- Gordillo, G. 1995. Después de los ingenios: La mecanización de la zafra saltojujeña y sus efectos sobre los indígenas del Chaco Centro-Occidental. *Desarrollo Económico* 35 (137): 105-126.
- Gorosito, A. 2006. Liderazgos guaraníes, breve revisión histórica y nuevas notas sobre la cuestión. Ponencia. *VI Reunión de Antropología del Mercosur*. Montevideo.
- INDEC. 2010. *Resultados definitivos del Censo Nacional Agropecuario 2002*. www.indec.gov.ar. Acesado en marzo de 2010.
- Jacquemin, M. 2004. Childrens domestic work in Abidjan. Cote D'Ivoire. *Childhood*. 11 (3): 383-397.
- Jaume, F, C. Villar Gonzales, Y. Urquiza, et al. 1989. *Notas Sobre la Historia de Misiones: El Proceso de Formación de la Región Histórica*. Posadas: PISPAD.
- Larricq, M. 1993. *Ipyñũma. Construcción de la persona entre los Mbya-guaraní*. Misiones: Editorial Universitaria.
- Lave, J. y E. Wenger. 2007. *Situated Learning: Legitimate peripheral participation*. Cambridge, England: Cambridge University Press.
- Leite de Sousa, E. 2004. Que trabalhaiis como se brincásseis: trabalho e ludicidade na infância Capuxu. Tesis de Maestría. Programa de Posgraduación en Sociología, Universidad Federal de Paraíba, Brasil.
- Manzanal, M. y A. Rofman. 1989. *Las*

- economías regionales de la Argentina. Crisis y políticas de desarrollo*. Buenos Aires: CEAL.
- Neiman, G., S. Bardomás, D. Jiménez y M. Blanco. 2002. *Al campo siempre lo ayudo con otra cosa*. Documento de Trabajo N. 40. Buenos Aires: CEIL-PIETTE-CONI-CET.
- Neves, D. 1999. *A perversão do Trabalho Infantil: lógicas sociais e alternativas de prevenção*. Niterói: Intertexto.
- Noelli, F. S. 2004. La distribución geográfica de las evidencias arqueológicas guaraní. *Revista de Indias* LXIV (230): 17-34.
- Otero, N. 2008. De la chacra al corte. Los dirigentes de Unión Campesina y la lucha por la tierra en el nordeste de Misiones, en *Campesinos y agricultores familiares. La cuestión agraria en Misiones a fines del siglo XX*. Editado por G. Schiavoni, pp. 71-98. Buenos Aires: Ciccus.
- Padawer, A. y N. Enriz. 2008. Experiencias formativas en la infancia rural mbyà-guaraní: la participación en el juego y la producción familiar-doméstica como procesos de apropiación. Ponencia. *VIII Congreso Argentino de Antropología Social*. Universidad Nacional de Misiones.
- Ramos, A. 2006. 'Proyectos sustentables' y 'nichos de mercado' entre hegemonías situadas. Ponencia. *VII Congreso Argentino de Antropología Social*. Salta.
- Reboratti, C. 1979. Migraciones y frontera agraria: Argentina y Brasil en la cuenca del Alto Paraná-Uruguay. *Desarrollo Económico* 19(74): 189-209.
- Ricotto A. y J. Almeida. 2002. Las ferias francas de Misiones, Argentina: una red de actores sociales y una nueva visión del mundo rural. *VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural*, Porto Alegre. Disponible en <http://www.ufrgs.br/pgdr/textosabertos/artigo%20ricotto.pdf>
- Rockwell, E. 1995. *La escuela cotidiana*. México: FCE.
- Rogoff, B., J. Mistry, A. Göncü, C. Mosier. 1993. *Guided participation in cultural activity by toddlers and caregivers*. Monographs of the Society for Research in Child Development 58 (8).
- Schiavoni, L. 2003. Aportes de hijos e hijas a las estrategias de vida familiar, en *Familia, trabajo y género, un mundo de nuevas relaciones*. Editado por C. Wainerman. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Schiavoni, G. 1995. *Colonos y ocupantes. Parentesco, reciprocidad y diferenciación social en la frontera agraria de Misiones*. Posadas: Editorial Universitaria de Misiones.
- _____. 2008. Nuevas organizaciones agrarias. Plantadores y campesinos en el nordeste de Misiones, en *Campesinos y agricultores familiares. La cuestión agraria en Misiones a fines del siglo XX*. Editado por G. Schiavoni, pp. 99-132. Buenos Aires: Ciccus.
- Schvorer, E. 2003. Etnografía de una Feria Franca. Tesis de Maestría. Programa de Antropología Social. Universidad Nacional de Misiones.
- Sili, M. 2005. *La Argentina rural. De la crisis de la modernización agraria a la construcción de un nuevo paradigma de desarrollo de los territorios rurales*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Wilde, G. 2007. De la depredación a la conservación. Génesis y evolución del discurso hegemónico sobre la selva misionera y sus habitantes. *Ambiente y Sociedad* X (1): 87-106.

Recebido em 23/03/2010.

Aprovado em 15/08/2010.